

Así es Lucía

Hace varios años que Lucía reside en un inmueble, recibido por herencia de un tío; situado en el barrio Jardín de las Acacias, sector antiguo, elegante, arborizado y reducto de un cierto nivel de gente acaudalada, en la región sur de la ciudad.

Corre el mes de noviembre, más bien la segunda quincena, y al igual que yo, los amigos de Lucía esperamos con ansiedad la invitación anual para reunirnos en su departamento. El ambiente resulta agradable y festivo en estas ocasiones. Centra la atención de todos a pesar de lo acaparadora que puede llegar a ser Lucía. No escatima en pedir la ayuda más mínima de cada uno de ellos, aun en las actividades triviales.

Este momento siempre es regado con un buen vino, entradas con camarones y algún plato caliente exquisito y típico italiano – su familia es de origen genovés - sin contar los postres con frutos exóticos. Los recursos abundan sin despilfarro. Le gusta ofrecer estos manjares. Cuando dicen que es un tanto histriónica, se ríe y retruca: “Solo soy sociable!”.

El espíritu positivo la marca siempre con actitudes alegres y si en algún momento la busca alguien que pasa por un momento triste y necesita ser consolado, seguro va a salir del encuentro con una sonrisa en la cara. “Siempre hay algo bueno, aun en las experiencias negativas”, dice ella.

Le encanta viajar, actividad que desarrolla en su trabajo como abogado y dedicada al área de marketing; mantiene contactos frecuentes con la empresa matriz en el extranjero.

Curiosamente, llama la atención el cuidado especial que tiene con su pelo colorín rizado. Nunca se le olvida el secador de pelo y las peinetas especiales. Gabriel - socio de la empresa - la acompaña a veces, y cuenta que, en un viaje de negocios, se pierden sus maletas y ella llega al hotel, en lágrimas:

- *¿Qué te pasa Lucía? _pregunta Gabriel.*
- *Es que se han perdido mis maletas.*
- *No te pongas tan sensible mujer. Puedes comprar ropa en las tiendas del hotel.*
- *¡No es ese el problema!*
- *¿Qué pasa entonces?*
- *¿Es que ahí estaban mi secador de pelos y todas mis peinetas? Imagine como voy presentarme mañana frente a los clientes.*

Así es Lucía; se percibe a sí misma como una persona de físico no agraciado por la naturaleza – baja, un poco pasada de peso –.

Su párpado izquierdo retorcido, la molesta – se debe a un accidente en la infancia y lo trata de disimular con maquillaje –. Insiste en verse muy bien en todas ocasiones, de los pies a la cabeza. Le gusta parecer jovial y atractiva, aunque su mirada, por veces inquieta, cuando se calma, deja entrever una tristeza que se arrastra por días. Nunca le resultan relacionamientos de largo plazo y se enfada por este motivo.

La última vez que yo y Lucía nos reunimos, no podía contener su rabia con Nadia, nuestra amiga en común:

- *He hablado tanto con Nadia y al final no pudimos entrar en acuerdo, ya hace dos meses que no nos hablamos.*

- *¿Qué te atormenta?*
- *Bueno, tú sabes. Nosotras hemos viajado algunas veces juntas y lo pasamos bien, pero ahora ella me dice que prefiere ahorrar plata pues su sobrina se ha instalado en su departamento y eso significa cambio de vida.*
- *¿Por qué te enojas con eso?*
- *Es que ella debería aprovechar más la vida, viajando, conociendo gente....*
- *Tú sabes que Nadia cuando decide es definitivo y me da la sensación que ya había planeado esta nueva vida en familia.*
- *¡Hum!*
- *¿Qué? ¡Diga!*
- *Nada. Solo espero que ella viva mejor su vida, conozca el mundo ahí afuera, como yo.*

Lucía no es engreída, pero demuestra un orgullo poderoso, sin tener conciencia de cuanto esto perjudica sus relaciones y a sí misma.

Esta amistad se deshizo y los lazos nunca más se reataron. Lucía no incluye a Nadia en el almuerzo de fin de año y Nadia no la menciona en las conversaciones de grupo.

- *¿Oye, no será que tú tienes miedo de estar sola, monopolizas las amistades y no las quieres soltar nunca? _le contesto.*
- *Ni pensar. Yo no soy así.*
- *¿Y cómo eres tú? He pedido innúmeras veces el teléfono de Marisa. Tú sabes que estoy por vender mi casa y ella trabaja como corredora de propiedades. Hasta hoy día no me los ha mandado. Parece que no quieres que yo la contacte. ¿Si o no?*

— *Te lo voy a pasar después. No te preocupes. Mejor te muestro los libros de jardinería y paisajismo que compré en mi último viaje a Italia. ¡Ven!*

Así es Lucía, celosa de sus amistades. Respuestas positivas al momento, pero nada más que eso.

Transcurridas varias semanas, todavía no he recibido el número de Marisa.

...

Ya es pleno diciembre y estamos reunidos en el departamento de Lucía; es amplio lo suficiente para albergar una actividad de grupo hasta unas quince personas, tiene una terraza cómoda, tres maceteros grandes con exuberantes “ficus lirata”, helechos y kalanchoes. Las plantas son su pasión. El living, recién decorado en tonos azules nos envuelve a todos con un aire de tranquilidad. Los ánimos se interconectan.

Este año es diferente. Gabriel, yo y otros cinco colegas, hemos notado muchos cambios físicos en Lucía: se cansa a ratos, se pone a tomar alcohol en mayores cantidades al recibir amigos en su hogar, muestra algunas alteraciones de piel en los tobillos y nuca, pero evita acudir al médico. Es notorio como su pelo ha emblanquecido.

En esta oportunidad está acompañada de Silvio, su actual pareja. Lo conoció hace unos seis meses en la casa de una amiga en la costa. Es de pocas palabras, calmo, comedido, muy caballero, y trata de mantener conversaciones con cada uno de nosotros.

Al final de la tarde, Lucía ya se pone empalagosa después de haber saboreado una botella de vino blanco:

- *¡Amigos! Cantemos todos juntos algún ritmo navideño. _empieza a tararear solita revoloteando por la sala, brazos alzados.*

Silvio la trata de contener y pasado un rato se desiste; también le preocupa el estado de salud de Lucía.

Los invitados se acomodan en la terraza uno a uno, algo apenados por la situación.

Nuestra amiga se retira a su pieza ahora sostenida por Silvio.

- *Qué triste lo que pasa con ella. _Clara es la primera en soltar la lengua. _creo que algunos de ustedes no saben lo que le pasa. Fue diagnosticada con cáncer linfático hace cuatro meses... esto ya se desarrolla hace algún tiempo ... - Clara no logra terminar la frase - ella me ha pedido para no comentar el tema. Prefiere que no se sepa.*

Todos se miran entre sí, descolocados.

- *Pero ... ¿cómo no nos ha dicho algo? ¿Por qué lo ha escondido? ¡Siempre sonriendo y con tanto dolor! _respondo con mi voz entrecortada.*
- *He tratado de llevarla a los exámenes médicos, pero se resiste. Hay que aterrizarla desde su pedestal inflado de positividad. _Clara comenta indignada.*

...

Terminado el año, Lucía y Silvio se van a la costa por unos días de descanso. Entre los amigos decidimos llamarla cada tanto y hoy me propongo tantear como se encuentra, con ánimo de darle apoyo:

- *¿Como van las caminatas? _le pregunto apenada.*

- *Tú sabes que me encantan, pero ya me falta el aire. Estoy exhausta. Ni siquiera pude arreglar mi pelo.*
- *¿Dónde estás ahora?*
- *En la terraza. Silvio se fue a la cocina preparar un cafecito.*
- *El aire marino te hace bien. Aliméntate de la naturaleza.*
- *¡Ah! ... quiero paz.*
- *Excelente estar con Silvio a tu lado.*
- *No es lo que he imaginado para mí _responde con enfado.*
- *Está junto contigo en este momento tan especial. Deberías agradecer. ¿Hum?*
- *No me digas eso. No es lo que yo he querido y punto. _concluye Lucía con disgusto.*

Pasan dos días. Silvio la traslada a urgencia de la Clínica más cercana. Antes de ser internada, ella le deja un trozo de papel con el número telefónico de Marisa, para que me lo entregue. Murió esa misma noche.

Así ERA Lucía.